



## El discurso del método desde la perspectiva de Eduardo Nicol

Roberto Andrés González Hinojosa<sup>1</sup>

Recibido: 5 de abril de 2019 / Aceptado: 3 de mayo de 2021

**Resumen.** En el presente trabajo se desarrollan las bases para la enumeración de las reglas del método a partir del pensamiento filosófico de Eduardo Nicol. En la propuesta temática del autor, amanece la necesidad de repensar el método concediéndole dos funciones preeminentes, tales como son, por un lado, la de servir de cedazo a las diferentes impresiones, así como a los distintos intereses exógenos a la razón buscadora de la verdad. Así también, por otro lado, el método constituye la instancia a partir de la cual se inhiben las arbitrariedades en el discurso de la verdad.

**Palabras clave:** Nicol; ser; hombre; método; ciencia.

### [en] The discourse of method from the perspective of Eduardo Nicol

**Abstract.** In this job we have developed the bases for enumeration of rules of the method from the philosophical thought of Eduardo Nicol. In the thematic proposal of the autor appear the need to rethink the method by granting two pre-minent functions, such as, on the one hand, to serve as a sieve to the different impressions as wel as the different interests exogenous to the truth-seeking reason. In addition, on the other hand, the method constitutes the instance from which the arbitrariness are inhibited in the discourse of true knowledge.

**Keywords:** Nicol; being; man; method; science.

**Sumario:** 1. Introducción; 2. Una palabra en torno al método vocacional; 3. Que la verdad debe ser impersonal, y que mediante el método se inhibe la arbitrariedad en el proceso del conocimiento; 4. El discurso del método; 5. Las reglas del método; 6. Conclusiones; 7. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** González Hinojosa, R.A. (2022): “El discurso del método desde la perspectiva de Eduardo Nicol”, en *Revista de Filosofía*, 47 (2), 511-525.

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma del Estado de México  
rushlogo@yahoo.com.mx

## 1. Introducción

El objetivo de la presente investigación gira en torno a la idea del método en la obra de Eduardo Nicol. Comenzamos enfatizando que para éste existen dos instancias que fincan las bases para la posibilidad de enarbolar un nuevo discurso del método. Por un lado, se encuentra el elemento vocacional o el amor a la verdad, la cual, siendo extra racional, ha de ser sin embargo la fuerza que ha de mover a la razón en pos del conocimiento y la verdad. Así también, en segundo lugar, tenemos el conjunto de las reglas (o pautas) del discurso del método propiamente dicho; a esta otra parte el autor la identifica como la parte técnica del discurso. Hay que aclarar que semejantes reglas el autor no las ordenó en una secuencia de pasos, es decir, no nos las entregó como un conjunto de pautas organizado, tal como lo hiciera en su momento Descartes. La presente investigación se ha empeñado en presentar una secuencia de reglas que consideramos constituyen los momentos fundamentales del método a partir de la perspectiva de Nicol.

Eduardo Nicol nace en 1907 en Barcelona España. En 1939, como producto de la guerra civil española, se ve obligado a emigrar hacia México. A partir de 1940 ingresa como profesor ordinario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su obra, en su mayoría, escrita en castellano representa un baluarte que con plena seguridad se atreve a caminar a contracorriente y contra los relativismos efervescentes en la filosofía contemporánea. En torno a esto dice José Luis Abellán: “Nicol ha realizado una de las obras filosóficas más importantes que se han escrito nunca en lengua castellana”<sup>2</sup>. La crítica filosófica contemporánea, como lo dijera alguna vez Adolfo Sánchez Vázquez, no ha sabido estar a la altura de sus merecimientos. Nicol muere en 1990 en la Ciudad de México a los 82 años de edad, dejándonos un importante legado filosófico. Cabe acotar que en el presente empeño se ha asumido la inquietud expresada en algún momento por Antonio Ziri6n quien decía: “me ha parecido urgente, tratar a Nicol como se merece: como a un filósofo serio, agudo, digno del más concienzudo y detenido estudio, como a un maestro de filosofía admirable”<sup>3</sup>.

Así, pues, quisiéramos aclarar dos cosas más, en primer lugar, la presente investigación representa la consecución o, en el mejor de los casos, la prolongación de un trabajo que durante varios años hemos venido desarrollando precisamente acerca de la idea del método en Nicol. En segundo lugar, aclaramos que el presente trabajo ha pretendido ser un diálogo a partir de la obra directa del mismo autor catalán, toda vez que no hemos encontrado el tema aquí propuesto plenamente desarrollado en algún otro estudioso del asunto.

## 2. Una palabra en torno al método vocacional

La meditación sobre la idea del método, en la perspectiva de Eduardo Nicol, posee una matización singular, habida cuenta de que, para éste, el conocimiento tanto científico como filosófico requieren el concurso de dos, por así decirlo, métodos, uno de corte vocacional, y otro de corte técnico. Vale la pena aclarar que la presente

---

<sup>2</sup> Abellán (1998), p. 93

<sup>3</sup> Ziri6n (1990), p. 87

investigación tiene su foco de atención en la concepción de, por así llamarlo, los pasos del método técnico del conocimiento de verdad. No obstante, consideramos pertinente mencionar antes un par de cosas acerca de la idea de lo que Nicol concibe como método vocacional.

Nuestro autor menciona que “la ciencia requiere método porque [ella misma] es método. O sea ella requiere dos métodos, y no uno solo: el método vocacional, [y] el método técnico”<sup>4</sup>. La convicción de incorporar este método vocacional al conocimiento de las ciencias y a la filosofía, al autor le viene impuesta por el panorama que impera en el campo epistemológico en el siglo XX, caracterizado, entre otras cosas, por la fragmentación de los saberes, y por el auge casi obsesivo de la subjetividad en los diferentes campos.

El autor piensa que es necesario reorientar el cauce del saber científico y filosófico a fin de frenar tanto la fragmentación epistemológica, como el auge de los juicios de valor en el conocimiento. Para esto, se propone, en primer lugar, restituir el ethos vocacional como pieza inicial del conocimiento de verdad y, en segundo lugar, hacer notar que un conocimiento puede ser científico no sólo porque sea exacto, sino antes bien porque ha sido promovido por el amor al saber. Esta restitución del amor en la base de la búsqueda del conocimiento, a la postre le permitirá dos cosas, en primer lugar, encontrar la base común de las diferentes hipótesis teóricas y, en segundo lugar, esto le permitirá también confeccionar una idea de conocimiento verdadero fundado no sólo en la serie de pasos técnicos del conocimiento, sino sobre la base del amor a la sabiduría. Aquí el autor hace un nuevo aporte, el cual consiste en concebir al conocimiento científico como el resultado del engarce entre estas dos instancias, a saber: la verdad y la *philía*. Esto le posibilitará la confección del augusto proyecto que el autor denominará como la ‘reforma de la filosofía’, la cual trazaría sus cimientos en la recuperación de la vocación como sustento y como principio existencial de unidad del saber de verdad<sup>5</sup>.

En este sentido, podría decirse que la presencia del método vocacional va a gozar de cierta preeminencia en el orden de toda búsqueda filosófica de la verdad, pues sobre la base de éste, el método técnico va a venir adquirir sentido. Desde la perspectiva del autor mexicano-catalán, el método técnico no es suficiente para explicar o constituir una ciencia “auténtica”. No basta siquiera la razón exacta, si no funciona por amor a la verdad. La ciencia es método, es camino, es marcha, pero esta marcha no alcanza tal cualidad de ciencia si es que no ha sido promovida por el método de la *philía*. No es suficiente el hallazgo del acierto, hace falta además el concurso del amor como gestor de éste. El autor agrega: “El método no es mero tecnicismo, un instrumento de trabajo, sino que es el signo de una forma vocacional de vida, de una actitud frente a la realidad y frente al prójimo”<sup>6</sup>. El amor como método es una manera de purificar el logos. El requisito previo a toda búsqueda metódica del conocimiento es la purificación del logos del sujeto cognoscente mediante el desinterés, y por el amor al conocimiento.

Y en este punto es donde podemos descubrir una de las primeras funciones, que ha de cumplir el método en el proceso del conocimiento, a saber, mediante éste habrán de criarse, o sea *depurarse* los, por así decirlo, residuos inconvenientes de

---

<sup>4</sup> Nicol (1990), p. 94

<sup>5</sup> Cfr. Nicol (1980), principalmente, §1, § 17, § 19

<sup>6</sup> Nicol (1990), p. 154

la búsqueda del conocimiento. Esto es, primero se ha de depurar el logos buscador, de los elementos ajenos a la ‘verdad’, para posteriormente realizar una depuración de los datos temáticos. Esto quiere decir que lo urgente es la restauración de la vocación como base de la búsqueda de la verdad, toda vez que a partir de esta restitución el conocimiento puede llegar a adquirir el adjetivo de científico. “El logos de la filosofía tiene que ser metódicamente depurado para cumplir con su philía progenitora. A su vez la philía tiene que ser metódica para que el logos se mantenga puro”<sup>7</sup>. Esto significa que el método ha de cumplir una función esencialmente depuradora. Existencialmente, el método, podría decirse, depura al sujeto respecto de elementos tales como el egoísmo, la ambición material, los prejuicios, las presunciones, intereses, fobias, envidias, etc.<sup>8</sup>, los cuales representan sendos distractores, o más bien elementos ajenos, a la experiencia de la verdad. Así también, técnicamente el método permite depurar la información recabada mediante diferentes fuentes, reteniendo sólo los datos pertinentes conforme al objeto de investigación trazado.

### **3. Que la verdad debe ser impersonal, y que mediante el método se inhibe la arbitrariedad en el proceso del conocimiento**

El método ha de tender las pautas para enderezar el pensamiento hacia la verdad. Esta última, lejos de ser subjetiva, tiene que apostar por retener el carácter de impersonal. En este horizonte se comprende el sentido depurador del método, toda vez que este último depura al sujeto de toda inclinación ajena al amor por la verdad, lo cual trastoca automáticamente a esta última en *impersonal*. El autor nos dice: “La verdad ha de ser impersonal. La persona, en tanto que sujeto individual, queda eliminada de la relación constitutiva del conocimiento”<sup>9</sup>. En filosofía, dice el autor, no hay cabida para verdades subjetivas, sino más bien caben las maneras particulares de concebir la verdad común<sup>10</sup>. Una razón que se despliega por amor a la verdad, se entiende, trastoca su horizonte epistemológico en abierto desinterés, su expresión se vuelca hacia la superación de la visión subjetiva de la verdad. El autor catalán, mediante una consideración de la philía intenta superar de un solo golpe tanto el ostracismo del sujeto cognoscente, así como delimitar en su alcance la expansión subjetiva del saber. Esto puede entenderse en virtud de que lo subjetivo contrasta con lo transubjetivo. La verdad, dice el autor, lejos de ser subjetiva ha de ser transubjetiva, en el entendido de que ningún singular posee por completo la verdad completa: “La verdad integra sólo se obtiene articulando lo que el prójimo ve con lo que yo veo, y así sucesivamente”<sup>11</sup>.

La objetividad epistemológica impone, como condición *sine qua non*, la trascendencia del individuo como forma y medida del conocimiento; esto es, el individuo no puede ser la medida, ni el fundamento del conocimiento, habida cuenta

<sup>7</sup> Nicol (1980), p. 181

<sup>8</sup> Nicol (1980), p. 300

<sup>9</sup> Nicol (1990), p. 154

<sup>10</sup> Cfr. Nicol (1997), p.338. Ortega y Gasset, en coincidencia con esta idea, refiere lo siguiente: “Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de distinta manera” (2010), p. 41. Esta forma perspectivista de mirar la realidad, es una situación inédita en la que el hombre está obligado ahora a contrastar sus puntos de vista, pues sólo a partir de este empalme se tendrá la posibilidad de una visión más completa acerca de lo que es. Sobre esta forma dialógica del conocimiento se insistirá más adelante.

<sup>11</sup> Ortega y Gasset (2010), pp. 43-44

de que éste en ninguna manera se encuentra solo; sino que, por el contrario, el sujeto se halla en el centro de dos correlatos, a saber, por un lado, están los otros, y por el otro, se encuentra lo ajeno. En este sentido, la idea de individuo (solipsismo) habrá de ser reemplazada por la noción de comunidad. Aquí cabe mencionar que este esfuerzo por trastocar la idea solipsista del sujeto, hacia principios del siglo XX, constituye un empeño filosófico urgente, el cual fue abordado frontalmente, entre otros, por Ortega y Gasset, quien de alguna manera representa un antecedente de Nicol. El autor madrileño afirmaba, “el cuerpo del otro, quieto o en movimiento, es un abundantísimo semáforo que nos envía constantemente las más variadas señales [...] de lo que pasa en el *dentro* que es el otro hombre [...] la encuentro ahí –cuando encuentro un cuerpo humano”<sup>12</sup>. El otro a quien puede identificarse como mi semejante, se encuentra a mi lado, y cual semáforo que permanentemente envía señales marca la pauta para reconocer que en efecto acerca del otro hay una percepción inmediata. En otra parte, el autor madrileño agrega: “Si prescindiendo de teorías acudimos a los hechos, nos convenceremos de que no estamos más lejos ni más cerca del prójimo que nosotros mismos”<sup>13</sup>. Ortega se encuentra en la ruta correcta hacia la superación del solipsismo, pues reconoce la cercanía y la afinidad del prójimo. Esto, desde luego, está en sintonía con el trabajo que posteriormente realizará Nicol cuando venga oportunamente a explicar la razón fundamental de la hermandad ontológica entre los hombres. El autor catalán afirma: “*El otro* es un ser al que llamamos *prójimo*, o semejante, porque su ser no es tan ajeno que no pueda *apropiarse*: tiene constitutivamente la disposición de ser parte del ser propio”<sup>14</sup>. Esto quiere decir que cada sujeto es símbolo, o sea, cada uno es la parte del ser que al otro le hace falta para continuar siendo.

Esto significa que para Nicol el hombre de suyo es ser de comunidad; esta última no es la suma de los individuos, sino que el sujeto es comunidad en su ser mismo<sup>15</sup>, y esta nota no es una inventiva teórica, antes bien es un hecho. En este sentido, el método habrá de cumplir con el estricto requisito de ceñirse a los hechos, es decir, a lo dado; en torno a esto dice Lida Mollo que “el método nicoliano o, [...] el camino de un filosofar [su] regla principal es la de partir sin supuestos, a las cosas mismas”<sup>16</sup>; toda vez que este mismo exige como norma la transubjetividad, en virtud de que la verdad ha de ser ante todo impersonal.

Pero no sólo por amor a la verdad se ha de sacrificar la subjetividad; esta superación ha de suceder por estricto rigor científico, es decir, en atención al imperativo técnico de atenerse, por un lado, al aparecer de las cosas mismas, y por otro, al de las voces vertidas en torno a este aparecer por los otros parlantes<sup>17</sup>. La subjetividad queda

<sup>12</sup> Ortega y Gasset (2001), p. 182

<sup>13</sup> Ortega y Gasset (2006), p. 217

<sup>14</sup> Nicol (1974), p.17

<sup>15</sup> El tema de la idea del hombre como ser de comunidad es un tópico muy prolijo en toda la obra de Nicol la cual no vamos a desarrollar en este espacio. Cabe acotar solamente que en torno a esta noción el autor desarrolla toda una concepción muy amplia y rica, acerca de la cual vale la pena dejar constancia mediante la siguiente cita: “El ser del hombre es comunidad porque es insuficiencia [en su ser propio]” Nicol (2001A), p. 288; esto es, la insuficiencia ontológica original, que Nicol recupera desde Platón, marca toda una pauta para replantear la base tanto de la antropología, así como de la epistemología contemporánea. Este augusto problema el autor lo desarrolla magistralmente por vez primera en 1957, en su monumental *Metafísica de la expresión*.

<sup>16</sup> Lida Mollo (2009), p. 318

<sup>17</sup> Ortega y Gasset había afirmado algo semejante a lo aquí sugerido por Nicol justo cuando afirmaba que “el pensamiento es un acto puramente psíquico y nada corporal; pero la percepción de nuestro pensamiento

trascendida de doble manera: por la vía vocacional y mediante la irrupción de lo ajeno en la esfera racional del conocimiento.

Pero el método no sólo vuelve impersonal el conocimiento, también *inhibe la arbitrariedad* en la investigación. Lo subjetivo es arbitrario, el método restringe la arbitrariedad. Desde la perspectiva del autor, el sujeto no puede ser la medida ni condición de la verdad: “La ciencia, en cualquier campo, es construcción teórica: una ordenada disposición de declaraciones acerca de la realidad, el gobernante de la investigación positiva es el método”<sup>18</sup>. La investigación es guiada, conducida y gobernada por las distintas disposiciones e instancias de la articulación del método. Cabe recalcar que no hay investigación a falta de un problema, eminentemente, sin embargo, tampoco hay seguimiento ni resultados a falta de método.

Ahora bien, respecto a lo que el autor catalán denomina noción técnica del método, puede decirse que éste ha de entenderse como el conjunto de pasos por los que deviene la investigación, es “orden regulador, regulación de los procedimientos de trabajo”<sup>19</sup>. El método está articulado por un conjunto de normas que enmarcan la secuencia de la investigación. El escrupuloso ceñimiento al conjunto de estas normas es garantía de la ruta confiable para la investigación. Así pues, el hecho de que el método sea la articulación de una serie de reglas no quiere decir en absoluto que exista una sola secuencia de éstas, es decir, que exista un único método aplicable indistintamente a todo rincón específico de la realidad.

Ciertamente, la ciencia y la filosofía ha menester del método para conducir su investigación. No obstante, el método no asegura la exclusión definitiva del error, asegura sólo la medida y la expulsión de la arbitrariedad. Habría que decir que la ciencia ha de conducir su investigación conforme al método, pero no con el propósito de desterrar el error, sino con el propósito de mantener la cordura. Insistamos, el método cohibe la arbitrariedad de la doxa y emplaza al pensamiento a que se constriña a una serie de normas reguladoras de la investigación. “Sin meto-dología el logos puede ser arbitrario. Conducida metódicamente, la razón puede llevar al error, pero nunca a la arbitrariedad; pues quien decide emplear un método depura con él su pensamiento de todo interés subjetivo”<sup>20</sup>.

La idea de sujeto como donador del orden de lo real o prescriptor de las leyes de la naturaleza<sup>21</sup>, desde la óptica de Nicol, queda relevada por otra idea en la cual en su constitución lleva la nota de sujeción ante lo otro y ante los otros, hallando en estos dos extremos su acotación existencial. En la noción del conocimiento de nuestro autor se releva la clásica definición de individuo, y en su lugar se recupera la función reguladora del ethos en la comunidad, el sujeto se vuelve solidario con los demás y sumiso ante el objeto. Al respecto dice Ambrosio Velasco, “la ciencia [...] también es social y comunitaria, pues la objetividad que la caracteriza es siempre resultado

---

exige, en efecto, su expresión interior, movimientos embrionarios de la lengua [...] Nuestro cuerpo, desde su faz interna, nos revela nuestro propio pensamiento, como su órgano externo de audición nos descubre el del prójimo” (2006), p. 219. Esto es, la articulación fónica del pensamiento nos descubre de suyo la presencia inminente de nuestro semejante a quien identificamos como nuestro prójimo. Para Ortega, al igual que para Nicol, la percepción del otro es inmediata, y la prueba de esto estriba en que en la fonación del pensamiento, el otro se revela como quien provoca o quien recibe el mensaje.

<sup>18</sup> Nicol (1990), p. 32

<sup>19</sup> Nicol (1980), p. 173

<sup>20</sup> Nicol (1990), p. 154

<sup>21</sup> Cfr. Kant (1999), § 36

del diálogo en una comunidad”<sup>22</sup>, esto es, la objetividad se funda en la atención conjunta ante algo comúnmente dado. El concurso de los demás en el conocimiento saca literalmente al sujeto de su encierro; la comunidad no admite que un solo sujeto posea toda la verdad: la verdad no puede ser arbitraria, debe ser metódica y comunal.

En suma, de lo dicho hasta aquí, cabría aseverarse que la función del método se podría resumir en tres operaciones: a) mediante éste el sujeto se *depura* de todas aquellas intenciones extrañas al amor de la verdad, b) por el método la verdad científica se vuelve *impersonal*, y c) el método no inhibe la posibilidad del error, pero sí *evita la arbitrariedad* en la investigación.

#### 4. El discurso del método

Intentemos ahora dar un paso hacia adelante tratando de estructurar el conjunto de reglas del método que se pueden dibujar a partir de la filosofía de Nicol. El método, como se ha mencionado, es procedimiento, es forma, es orden, “es la condición que establece la filosofía para la eficacia del conocimiento”<sup>23</sup>. Toda filosofía rigurosa implícitamente conlleva una idea acerca de la esencia y las reglas del método. “La intención general de todos los grandes sistemas es la de establecer sobre una base absoluta el edificio de la ciencia”<sup>24</sup>. Esta intención evidentemente no es nueva, se remonta hasta la época de los filósofos griegos. Ésta quizá sea una de las funciones y tareas permanentes de la filosofía, a saber, proporcionar el fundamento al conjunto de las ciencias. Este fundamento, desde siempre, se ha pretendido universal y permanente. Por esto es que “todos los grandes sistemas que han aparecido en la historia han sido, en efecto, *filosofías de la ciencia*; todos han procurado proporcionar al conjunto de las ciencias positivas el fundamento universal que ninguna de ellas podía encontrar en su dominio particular”<sup>25</sup>. Aunado a esto, cada sistema le ha fijado límites a cada ciencia en particular, y por consiguiente ha propuesto las aristas fundamentales del método.

Podría decirse que el discurso del método posee dos intenciones: “la búsqueda de un ser que esté a salvo de toda duda posible; y la fundamentación de la *mathesis* en esa evidencia decisiva”<sup>26</sup>, además de la dilucidación de una serie de pasos que conduzcan hacia la verdad teórica. El antecedente más emblemático que poseemos de este modelo es el *discurso* cartesiano. Son tres los momentos que hilvana la red del discurso: la búsqueda de lo evidente, el hallazgo para la fundación y la propuesta de las reglas.

Descartes, en la segunda de sus *Meditaciones metafísicas* nos dice, pido sólo “un punto que sea firme e inmóvil, para poder mover toda la tierra de su sitio; por lo tanto he de esperar grandes resultados si encuentro algo que sea cierto e inconcuso”<sup>27</sup>. El autor francés quiere encontrar algo que le sirva de sustento para su nuevo edificio epistemológico; se arma primeramente de una esperanza y de una convicción racional para darse a la tarea de hallar un punto firme; la meta consiste en dar con un

<sup>22</sup> Velasco (2009), p. 50

<sup>23</sup> Nicol (1990), p. 154

<sup>24</sup> Nicol (2001B), p. 166

<sup>25</sup> Nicol (2001A), p. 12, énfasis puesto.

<sup>26</sup> Nicol (2001B), p. 171

<sup>27</sup> Descartes (2002), p. 35

ser que se sustraiga a toda suerte de duda, que reúna en un mismo punto evidencia y consistencia. Sin embargo, el primer paso de esta marcha se resume, según palabras de éste, en lo siguiente: “Ya me percaté hace algunos años de cuántas opiniones falsas admití como verdaderas en la primera edad de mi vida y de cuán dudosas eran las que después construí sobre aquellas, de modo que era preciso destruirlas de raíz para comenzar de nuevo desde los cimientos”<sup>28</sup>. El primer paso consiste en poner en suspenso todas aquellas opiniones y realidades que ofreciesen alguna suerte de duda; para llegar a la primera evidencia hay que dudar absolutamente de todo, incluso de la propia existencia. Sin embargo, en medio de esta suspensión acontece el siguiente hallazgo: “De manera que, una vez sopesados escrupulosamente todos los argumentos, se ha de concluir que siempre que digo “Yo soy, yo existo” o lo concibo en mi mente, necesariamente ha de ser verdad. Soy en consecuencia, una cosa cierta, y a ciencia cierta existente”<sup>29</sup>. La primera verdad que escapa a toda duda en Descartes es el “yo pienso”, y sobre esta nueva base se habrá de instituir el edificio de la ciencia moderna.

Pero reparemos brevemente en esto último: el primer paso del discurso cartesiano es la duda, es la suspensión de toda convicción; el segundo, sería el esmero empeñado en apartar todo aquello que ofrece algún tipo de duda; mientras que el tercero, consistiría en el hallazgo de lo inconcuso. El encuentro de la evidencia es ulterior, no se da sino hasta un tercer momento del proceso; la evidencia representa el objeto de búsqueda, lo cual la convierte automáticamente en posterior. El hallazgo de lo evidente, aunque procedimentalmente es ulterior, epistemológicamente representa la condición, que va a la base de toda ciencia.

La esencia del método, según el autor francés, se sintetiza en cuatro normas, las cuales podrían resumirse de la siguiente manera: 1. Dudar de lo que no nos resulte absolutamente evidente, 2. Dividir cada problema en tantas partes como sean convenientes, 3. Dirigir por orden nuestros pensamientos yendo de lo más simple a lo más complejo, 4. Enumerar completamente los datos del problema y pasar revista a cada uno de los elementos para asegurarse de su solución<sup>30</sup>. La cuerda que liga las reglas del método se extiende desde la duda hasta la aperecepción de la solución del problema.

Lo que nos interesa resaltar de esto es el hecho de que tanto en la búsqueda de la evidencia fundamental, así como en las reglas del método, el primer paso que nos salta es precisamente la duda. De hecho, el método estaría enderezado hacia este propósito, a saber, hacia la erradicación de la duda. El método sería una especie de filtro mediante el cual la duda tiende su lazo hacia la evidencia.

Ahora bien, ¿qué dice Nicol a cerca del derrotero del método? Desde luego, la circunstancia histórica, así como la situación espiritual de este último es completamente otra. La historia del conocimiento cuenta a su favor ya con muchos nuevos hallazgos: las ciencias han avanzado considerablemente; asimismo, la filosofía ha explorado otros caminos del pensar. Sin embargo, en éste como en otros tiempos, se actualizan los compromisos filosóficos respecto a las ciencias, tales como por ejemplo, la formulación de una idea acerca de lo indubitable y del fundamento. En el autor catalán se asumen cabalmente estos compromisos; asimismo, pensamos

<sup>28</sup> Descartes (2002), p. 31

<sup>29</sup> Descartes (2002), p. 36

<sup>30</sup> Esta secuencia de las reglas del método aparece en, Descartes (2002), pp. 50-51

que es posible extraer una secuencia de normas para la constitución de la estructura de las reglas del método a partir de la observación de ciertos postulados recurrentes en toda su obra.

Cabe mencionar que Nicol, a diferencia de Descartes, nunca estructuró la secuencia de las reglas del método en un tratado concreto y específico. No obstante, en su obra se pueden encontrar los señuelos suficientes para una posible vertebración del mismo. Vale la pena, no obstante, apresurar la aseveración de que en la filosofía de éste el orden, y la secuencia, de las reglas del método navegan a contracorriente a tal grado que el orden tiende a invertirse.

Para Nicol, consistencia y evidencia sólo pueden coincidir en una exclusiva instancia la cual se encuentra al inicio de toda búsqueda, a saber, el ser<sup>31</sup>. El discurso del método, según éste, tiene que asumir el compromiso, por un lado, de indicar fehacientemente aquello que se sustraiga a toda duda posible y fundar sobre esta evidencia la posibilidad del edificio de las ciencias. Obviamente la evidencia, en esta otra propuesta, se gestiona mediante el logos, lo evidente se presenta a través de la expresión, pues como dice el autor catalán: “En el fenómeno de la expresión se encuentran esas evidencias fundamentales que siempre ha buscado la ciencia primera, para establecer sobre ellas la construcción de la ciencia en general”<sup>32</sup>. La expresión es gestora, más no productora del fundamento de la ciencia. Por esto el autor agrega: “Pero no es la razón la que instituye el fundamento, ni la que está en el origen. En el principio está el Ser”<sup>33</sup>; éste es, en rigor, anterior a toda actividad teórico o simbólica. Por lo que hemos de inferir que aquello que está en la base de toda formulación teórica eminentemente es el ser; en éste se cimientan las ciencias: “El fundamento es el hecho puro y simple de que *hay Ser*”<sup>34</sup>. Lo que conviene por ahora destacar es que, en la filosofía de nuestro autor, *fundamento y evidencia* se encuentran al inicio, y no provienen de dos operaciones distintas, coinciden en una y la misma instancia, a saber, el ser. En éste se consigue simultáneamente, o sea se da de un solo golpe, la evidencia y el fundamento.

Siempre hay ser, este dato se sobrepone a cualquier tipo de circunstancia. Y, por ende, el ser puede sustraerse a toda duda posible, pues se duda acerca de la esencia de las cosas porque tienen que investigarse, más no se duda de la presencia del ser. Siendo éste lo que se sustrae a toda duda, representa asimismo el fundamento del conocimiento en general y de las ciencias en particular. El autor concluye diciendo: “La verdad primaria es el hecho puro y simple de que *hay ser*. Éste es el principio de todos los principios. Hemos encontrado, pues, el terreno firme que la filosofía ha requerido siempre”<sup>35</sup>, el cual, más que una construcción teórica, ha requerido más bien del justo reconocimiento de lo efectivamente básico. De esta manera la metafísica cumple una vez más con la consigna de fundamentar el conocimiento; la tradición se prolonga y adquiere en nuestro autor una matización peculiar. Esta nueva manera de fundamentar la ciencia, al igual que la cartesiana, por ejemplo, desde luego, viene explicada por el acotamiento que le confieren tanto la condición

<sup>31</sup> Queremos enfatizar que mediante esta aseveración puede entreverse el empeño de Nicol por ‘volver a las cosas mismas’: “Esta nueva vía se inicia declarando que el ser no es problema, sino dato” Nicol (2001B), p. 160. El ser, lejos de ser un objeto de búsqueda, es punto de partida.

<sup>32</sup> Nicol (1974), p. 13

<sup>33</sup> Nicol (2003), p.51

<sup>34</sup> Nicol (2003), p. 51

<sup>35</sup> Nicol (1974), p. 126, énfasis puesto.

teórica que le precede, así como por la compleja realidad circunstancial en que se formula.

Al tomar conciencia la filosofía de que el ser está en el origen y en la base de toda construcción teórica, se *trastoca* completamente el orden y la secuencia de las reglas del método que otrora sugiriera la filosofía. En Nicol la evidencia ya no es ulterior, ahora figura invariablemente como lo primero y no se identifica ya con la razón o con una idea. Éste, indudablemente, es un camino de regreso; es decir, en Nicol, la filosofía experimenta una efectiva vuelta a las cosas mismas<sup>36</sup>, desandando el camino del racionalismo<sup>37</sup>, trastoca completamente el orden de las normas del método, y como muestra, vale la pena insistir en que la evidencia ya no representa el puerto ulterior de llegada, antes bien está plenamente desde el inicio. La evidencia no representa propiamente ya el objeto de búsqueda.

Pensamos que sólo en la empresa de esta marcha en sentido inverso, es desde donde puede entenderse la reforma del método que propone Nicol, la cual “establecía como principio directivo la necesidad de *partir de los hechos y atenerse a ellos*, sin supuestos, *sin apriorismos*, sin la ambición de encuadrar en un mismo esquema [todas] las realidades”<sup>38</sup>. Aquí la noción clave, nos parece, es la de “esquema”, la cual se refiere a los cuadros o estructuras mentales con que el sujeto se enfrena al objeto; “no es un esquema lógico que pueda aplicarse a los fenómenos, como si éstos sirvieran sólo de confirmación de lo previamente concebido”<sup>39</sup>. Los hombres no poseen una configuración homogénea de estructuras mentales, con las que puedan mirar indistintamente los diferentes relieves de la realidad. Este esquematismo homogéneo e inamovible de la razón pura ya ha sido superado. En torno a esto Ortega y Gasset hacía el siguiente señalamiento: “*La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital, donde aquella se localice y adquiera movilidad y fuerza de transformación*”<sup>40</sup>. Concorde con esta última aseveración, Nicol agrega: “pienso más bien, que la razón, es en todas sus especies posibles, es esencialmente simbólica, vital e histórica”<sup>41</sup>.

La reforma del método no sólo impone como primera condición la de atenerse a los hechos, impone además un cambio en la apercepción del sujeto cognoscente:

<sup>36</sup> Consideramos pertinente hacer aquí una precisión más tocante a la máxima de ‘a las cosas mismas’ que pregona Nicol. La frase, desde luego ha sido retomada de Husserl, no obstante, el sentido que adquiere en el autor catalán es completamente otro respecto al vertido por el autor alemán, para entender esto, primero cabe mencionar que “Husserl pretendía seguir, dentro de su fenomenología, esta regla, y también es cierto que pensaba que seguir esa regla ‘atenerse a lo dado’ conducía o debía conducir a la concepción de una ciencia de los fenómenos de la conciencia, [porque] fenomenología es ciencia de las vivencias de la conciencia. Es ciencia de los fenómenos porque así quiso Husserl llamarles a las vivencias, en razón de que las vivencias podían ser objetos intuitivos” Ziri6n (1990), p. 88. Así, pues, por lo que toca a Nicol, éste lleva a cabo una desvinculación respecto a la noción de la fenomenología husserliana, promoviendo a la par otro sentido de la proposición en cuesti6n. “La desvinculaci6n deliberada y expresa que lleva a cabo Nicol respecto de la fenomenologí a de Husserl es a la vez una crítica de esos métodos ‘reductivos’ y una restauraci6n del concepto pre- y post- husserliano de una fenomenologí a como el ú nico método legít imo de una filosofí a que aspire a ser filosofí a primera y ciencia rigurosa” Ziri6n (1990), p. 89; la fenomenologí a de Nicol, como lo hemos anticipado, arranca justo con el reconocimiento de que el ser, lejos de ser una idea o un problema, antes bien es el punto de partida, el cual siendo fenómeno se encuentra a la vista. Así, mediante esta vuelta, se da cumplimiento a la exigencia de que toda interrogaci6n inexorablemente ha de ‘partir de lo dado’.

<sup>37</sup> Nicol (1974), p. 126

<sup>38</sup> Nicol (2003), p. 15

<sup>39</sup> Nicol (2003), p. 49

<sup>40</sup> Ortega y Gasset (2010), p. 42

<sup>41</sup> Nicol (1997), p. 325

el tránsito de un sujeto categorialmente inalterable, a un sujeto con estructuras modalmente adaptables. Al cambiar el planteamiento del método, impone el cambio en la concepción del sujeto. De tal suerte que la reforma del método avanza conjuntamente con la reforma de la concepción del sujeto y sus funciones. En el marco de la concepción de un sujeto definido por su constitución racional homogénea donadora del orden de la realidad, resulta imposible el precepto: atenerse a los hechos, porque éstos no existen, la razón, *a priori*, tiene que producirlos. Mientras que en este otro nuevo enfoque, “la palabra sujeto denota más o menos señaladamente una especie de sujeción”<sup>42</sup>, concibiendo al sujeto precisamente por su condición de sujeción y su indeterminación mental, entonces emerge, no sólo como posible, sino más bien como necesario el precepto de atenerse a los hechos mismos. La razón ahora no es productora ni de los hechos, ni del orden en la realidad. El precepto, “la razón debe inclinarse ante los hechos”<sup>43</sup>, da muestra de una razón que humildemente reconoce sus limitaciones, pero no por ello desfallece en sus ansias de verdad, no por ello se ahoga la posibilidad del conocimiento.

Es cierto que el orden de las reglas del método en nuestro autor ha sufrido una alteración. No obstante, pensamos que no por ello ha perdido su esencia y su propósito: objetivar, depurar y validar el conocimiento. Se reconoce ciertamente otra disposición en la estructura de éste, pero no otra función. El método es el procedimiento ordenador del conocimiento. No se busca ya el fundamento, no se va tras la evidencia primera, se parte de ésta, y se avanza hacia el conocimiento de la esencia de las cosas; para esto se requerirá asimismo el concurso de la comunidad con un doble propósito, a saber, por un lado, para acotar las pretensiones subjetivas, y por otro, para llegar a acuerdos sobre la validez del conocimiento.

## 5. Las reglas del método

En suma, ¿cuál podría ser el orden de las reglas del método en la perspectiva de Eduardo Nicol? Consideramos, desde nuestro punto de vista, que la secuencia de estas reglas podría quedar como a continuación se enumeran:

- I. *Partir irrestrictamente de los hechos*. El autor expresa esta regla bajo los siguientes términos: “[la] primera regla impone la obligación de atenerse rigurosamente y estrictamente a lo dado”<sup>44</sup>. Esto se entiende toda vez que para éste los hechos representan invariablemente el punto de arranque de toda investigación posible. La primera pauta, sin duda, consiste en el hecho del ser, es decir, “el hecho puro y simple de que hay ser”<sup>45</sup>. Esto último representa la condición fundamental e invariable para el conocimiento. El ser ahora adquiere un estatus de primer orden, pues no es algo ulterior buscado, sino un hecho (un fenómeno), y al mismo tiempo es la primera y más segura de las posesiones del hombre<sup>46</sup>; es la evidencia original desde donde se levanta

<sup>42</sup> Nicol (1989), p. 37

<sup>43</sup> Nicol, (2003), p. 35

<sup>44</sup> Nicol, (1974), p. 120

<sup>45</sup> Nicol (2001B), p. 122

<sup>46</sup> Ya desde la primera edición de *La metafísica de la expresión*, el autor acotaba enfáticamente esta proposición diciendo que “el ser como tal no es misterio para el hombre: es la más primitiva y segura de nuestras posesiones. No ha sido preciso elaborarlo teóricamente, sino tan solo reconocerlo fenomenológicamente” Nicol (1957), p.

la posibilidad de toda búsqueda teórica posterior; lo dado, es la pauta de partida para la configuración de toda duda posible. Cabe agregar que esta evidencia, amén de ser de suyo, se erige en la primera pauta (regla) del método, la cual queda confirmada por la capacidad simbólica del hombre. El conocimiento siempre parte de lo dado, en virtud de que lo dado es el ser, el cual no es un problema, sino un dato.

- II. *Partir sin apriorismos, sin supuestos*<sup>47</sup>. La razón no es productora ni de la forma del ser, ni de la existencia fáctica de lo mentado. No son los esquemas de la razón los que han de imponerse sobre lo dado, de hecho, para Nicol, no existe un esquematismo de corte trascendental homogéneo que pueda generalizarse, sino versiones específicas o relativas de dispositivos atencionales que versan sobre lo que nos va saliendo al paso. Justo por esto, y en atención a la regla mencionada, la razón tiene que aprender a inclinarse humildemente ante el objeto. Nicol hace el llamado de ‘retornar a las cosas mismas’, enfatizando que el conocimiento de verdad se funda en una actitud especial de colocarse sencillamente frente a lo dado. Retornar a las cosas mismas, en esta filosofía, significa poseer la capacidad de someterse a lo que es, es decir, “de ponerse frente al ser en actitud contemplativa, y sumisa ante el ser que es objeto de interrogación metódica”<sup>48</sup>. La filosofía puede caminar sin apriorismos y sin supuestos si y solo si el ser se erige sin más en la pauta del pensamiento.
- III. *Compartir mediante el diálogo*, con el otro, las impresiones subjetivas, para reafirmar la objetividad y la mismidad del objeto mentado, así como para llegar a acuerdos teóricos. Lo objetivo se afianza a partir de lo transubjetivo. El diálogo permite a cada uno comulgar con el otro y versar acerca de lo otro, es decir, el diálogo permite, por un lado, superar el ostracismo del individuo, mientras que por otro, se despliega la patentización común de lo mentado; es decir, permite a los investigadores captar la independencia (mismidad) del objeto mentado. La objetividad se consigue exclusivamente mediante el diálogo, pues como acota el autor: “Un sujeto solo, a solas frente al objeto, no llegaría a captarlo sin salir de su soledad. Sale de ella en una relación de-mostrativa, expositiva, de-nominativa o apodíctica”<sup>49</sup>. Insistimos, esta función permite la objetivación del ente, en el sentido de que objetivar consiste en hacer patente un ser en su realidad independiente frente al otro parlante<sup>50</sup>. Aunado

---

207

<sup>47</sup> Cfr. Nicol (2003), p. 15

<sup>48</sup> Nicol (2001A), p.384

<sup>49</sup> Nicol (2001B), p. 232

<sup>50</sup> En este punto, precisamente del diálogo como pauta epistemológica, pueden referirse dos antecedentes, acerca de los cuales Nicol sin duda tuvo conocimiento. En primer término, está Ortega y Gasset, quien tocante al asunto afirmaba: “lo que cada cual ve es una realidad y no una ficción, tiene que ser su aspecto distinto del que otro percibe. Esa divergencia no es contradicción, sino complemento” (2010), p. 42. Esto es, cada punto de vista constituye una posibilidad de la otra perspectiva, de tal suerte que únicamente a través de la reunión entre distintos puntos de vista puede lograrse una visión de conjunto. En segundo lugar, está Cassirer quien, ya sea por coincidencia o bien por provocación, va a ser quien repercute de una manera determinante en el pensamiento del autor catalán, toda vez que el maestro de Marburgo ha traído a la palestra la preocupación por el simbolismo y la expresión precisamente en el marco de su filosofía de las formas simbólicas, acerca de las cuales éste afirma lo siguiente: “Desde *este* punto de vista, una ‘filosofía de las formas simbólicas’. No sólo puede reunir en sí los diversos modos y direcciones del conocimiento del universo, sino, además, reconocer en su derecho propio y comprender en su propia significación cada uno de los intentos de interpretación del mundo de que es capaz el espíritu humano” Cassirer (2000), p. 35. La filosofía de las formas simbólicas parte del reconocimiento de la coexistencia de diferentes caminos para objetivación del espíritu, es decir, parte del dato de la pluralidad de configuraciones simbólicas, las cuales devienen por diferentes veredas: el mito, el arte, la ciencia, la filosofía, etc. El espíritu procede a facturar múltiples configuraciones simbólicas, sin embargo, esta filosofía se da a la

a todo esto, el diálogo, como parte del discurso, además permite la posibilidad de dirimir conflictos y llegar a acuerdos acerca de lo estudiado, habida cuenta de que toda creación teórica es temporal y su validez está sujeta a la comunidad y a una permanente revisión.

IV. *Apelar a la realidad mentada*, en la medida de lo posible, para distender conflictos, o para distinguir entre el error y el acierto. Dice el autor que todo discurso que versa acerca de un relieve de lo que es, posee la consigna de encauzar, en algún momento, su investigación hacia la realidad ontológica mentada como instancia ulterior de apelación. Esto con la finalidad de afianzar la hipótesis más convincente alrededor del problema estudiado. En torno a esto el autor dice: “Una tesis nueva puede proponerse como discrepancia, refundación o superación de la anterior. La segunda solo es una antítesis en tanto que viene a contraponerse. Y si las dos son conciliables, o se excluyen mutuamente, es cuestión que solo podrá resolver ateniéndose a la realidad propuesta”<sup>51</sup>. Y en otra parte agrega que “hay que apelar a la realidad, y solo a ella, para resolver entre el acierto y el desacierto”<sup>52</sup>. La apelación al objeto mentado vendría hacer las veces de criterio para la validación o aplazamiento de una hipótesis.

Cabe mencionar que todo método es una construcción; es la planeación mesurada que sugiere un autor como itinerario para la investigación en pos del conocimiento. Toda articulación del método en alguna medida es desigual, porque se factura desde un mundo conceptual en específico. La certeza que de todo esto hemos de extraer consiste en que el método no sólo es un camino conducente a la verdad, sino que implica y contiene una verdad principal sobre la cual se sostiene por completo, a saber, sobre el dato del ser. Esto último quizá represente en definitiva el punto más sobresaliente en la reforma del método, con lo que queda alterado por completo el itinerario del conocimiento y la ubicación de la evidencia.

Por otra parte, hay que aclarar que la razón no siempre es metódica, toda razón, ciertamente, dice Nicol, es fenomenológica y dialéctica<sup>53</sup>, pero no toda se ciñe a un método estricto para la consecución del conocimiento verdadero, no todo conocimiento puede ser científico<sup>54</sup>. No puede aseverarse que todo conocimiento

---

tarea de buscar y localizar el principio de unidad de las mismas hallándolo justamente en la función misma del espíritu. Es aquí donde comienza la discrepancia de Nicol hacia su maestro, en torno al cual afirma lo siguiente: “Cassirer ha revelado mejor que nadie la unidad fundamental y la historicidad del conocimiento. Propuso un sistema de leyes de formación y evolución histórica de las diversas formas de expresión simbólica; pero la razón última del ser de la expresión no pudo darla” Nicol (1974), p. 33. La crítica de Nicol enfatiza que Cassirer, pese haber organizado las expresiones simbólicas en un sistema sofisticado y complejo, no pudo avizorar la razón última del ser de la expresión; con lo cual aquél ha quedado cautivo en el esquema idealista, en virtud de que hay una preeminencia del espíritu sobre el ser, aunado a esto, y como consecuencia de este esquema, Cassirer permanece anclado aún en el solipsismo, toda vez que no pudo entrever que el ser del hombre es simbólico no sólo porque es capaz de producir símbolos, sino antes bien porque es ontológicamente insuficiente. Cfr., lo dicho en nuestra nota 14.

<sup>51</sup> Nicol (2001B), p. 207

<sup>52</sup> Nicol (1985), p. 252

<sup>53</sup> De hecho, Nicol reconoce que la fenomenología y la dialéctica no se corresponden con alguna alternativa o postura filosófica específica, sino que acusan la forma natural y común con que opera la razón; en torno a lo cual afirma que la fenomenología dialéctica “no es en rigor un método, sino modo esencial, invariable, de operar la razón que da razones” Nicol (1980), p.316

<sup>54</sup> Hay que reconocer que existen posibilidades a través de las cuales se puede discurrir de un modo más desapegado, tal como sucede en la poesía, en donde el poeta configura libremente una serie de metáforas, que no mientan una realidad, no obstante, poseen sentido.

sea de suyo epistemológicamente verdadero porque esto sería tanto como consentir que cualquier sofisma revestido de tecnicismo es válido, lo cual es inaceptable. Una de las instancias que permiten que el conocimiento adquiera el adjetivo de validez, o verdad, es indudablemente el método; éste, como ya se ha señalado, es el filtro tanto de los intereses, como de las impresiones, puramente subjetivas, es la instancia donde se inhiben las arbitrariedades. Justo por esto, *cabe agregar a estas cuatro reglas un quinto elemento, el cual es el ethos vocacional*, acerca del cual ya se ha versado al inicio del presente trabajo. En este sentido, puede notarse que el autor trata de devolverle al conocimiento científico el sustento erótico que, además de otorgarle legitimidad a la verdad, consigue una vez más encontrar el principio de unidad de las ciencias.

## 6. Conclusiones

En una circunstancia histórica donde el conocimiento científico y los métodos se han relativizado por completo, resulta acuciante el compromiso filosófico de esbozar una idea donde puedan concurrir las distintas arquitecturas del método. No todo puede ser relativo, debe haber algo que se sustraiga al relativismo epistemológico, algo que sea evidente, que sirva de sustento a toda formulación relativa. Nicol encuentra respuesta a esta demanda justo en el dato universal del ser. El ser, no es una tesis, sino condición ontológica de toda tesis posible. Por esto el diseño del método viene en dirección de este dato, el cual obliga a la razón primeramente a atenerse a lo dado. “Es inoperante cualquier dictado de la razón que no se atiende a los datos: el pensar ha de basarse en el conocer”<sup>55</sup>. Primero son los datos y posteriormente el pensar abstracto de la ciencia.

Finalmente, podría afirmarse que en el esquema de las reglas del método que hemos dibujado, a partir de Nicol, figura como regla primera: “atenerse a los datos”, y como última: “apelar a la realidad”. En el marco de esta secuencia se contiene el lapso que dibuja la razón cuando, al dirigir sus pasos en pos de la verdad, construye teorías. Se parte de la realidad, mediante observaciones sistemáticas; de aquí enseguida se formula un modelo simbólico para representar lo dado, y después de haber compartido las impresiones mediante el diálogo y debatido las hipótesis entre los expertos, finalmente es a esta última donde la investigación ha de retornar. El método es el camino de ida y de vuelta a la realidad. El método instruye a la razón para que no se olvide nunca que “*el momento de partir y el de llegar son coincidentes: nunca nos desprendemos del Ser*”<sup>56</sup>. El conocimiento científico nos descubre, una vez más, que origen y fin convergen en un mismo punto. Esto es, el ser representa el punto de partida e invariablemente también el punto de llegada.

## 7. Referencias bibliográficas

Abellán, J. L. (1998): *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

<sup>55</sup> Nicol (1974), p. 81

<sup>56</sup> Nicol (2001B), p. 190, énfasis puesto.

- Cassirer, E. (2000): *Las ciencias de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Descartes. (2001): *Discurso del método*, Madrid, Editorial Edaf.
- Descartes. (2002): *Meditaciones metafísicas*, Barcelona, Ediciones Folio.
- Kant. (1999): *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia*, versión bilingüe, Madrid, Edit., Istmo.
- Lida Mollo, M. (2009): “Nicol y la reforma simbólica del método fenomenológico”, en Ricardo Horneffer, coordinador, *Eduardo Nicol (1907-2007) homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nicol, E. (1974): *Metafísica de la expresión*, nueva versión, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (1957): *Metafísica de la expresión*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (1980): *La reforma de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (1985): *El porvenir de la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (1989): *Psicología de las situaciones vitales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (1990): *Ideas de vario linaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nicol, E. (2001A): *Los principios de la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (2001B): *Crítica de la razón simbólica. La revolución en la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol, E. (2003): *La idea del hombre*, nueva versión, México, Fondo de Cultura Económica.
- Nicol. (1997): *La vocación humana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Ortega y Gasset, J. (2001): *El hombre y la gente*, México, Porrúa.
- Ortega y Gasset, J. (2006): *La percepción del prójimo*, Madrid, Obras Completas, VI, Taurus.
- Ortega y Gasset, J. (2010): *El tema de nuestro tiempo*, México, Porrúa.
- Velasco Gómez, A. (2009): “La filosofía de la ciencia de Eduardo Nicol”, en Ricardo Horneffer, coordinador, *Eduardo Nicol (1907-2007) homenaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Zirión, A. (1990): “El sentido de la fenomenología en Nicol”, en Juliana González y Lizbeth Sagols, (eds.), *El ser y la expresión. Homenaje a Eduardo Nicol*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.